

LA FAMILIA LINARES: UNA SAGA DE FOTÓGRAFOS DE LA PROVINCIA DE JAÉN

Emilio Luis Lara López

A finales del s. XIX, el panorama fotográfico jiennense es asimilable al del resto de provincias españolas. Todas las poblaciones de cierta importancia disponen de estudios o gabinetes estables. En la capital se abren comercios especializados para comprar cámaras, productos químicos, material óptico y diversos soportes materiales para positivar. Menudean los pequeños artesanos –los minutereros– que, para ganarse un sobresueldo, hacen fotografías (ferrotipos, generalmente) por módicos precios, lo que incorpora a las capas populares de la sociedad al mundo fotográfico: por primera vez en sus vidas dispondrán de fotos propias. Los operadores aficionados, que destacan por la calidad de su obra, se reúnen en tertulias, intercambian placas, publican en revistas, están al tanto de las novedades técnicas y artísticas y exponen en muestras locales y provinciales.

Los estudios fotográficos incorporan los adelantos tecnológicos, mientras que los profesionales que los regentan continúan viviendo en gran medida gracias a los retratos personales y familiares de las clases medias, que constituyen su principal clientela.

Linares, por su producción industrial y minera, experimenta un auge económico en la segunda mitad del s. XIX que supone un imán para los fotógrafos, que trabajarán en la ciudad para satisfacer las necesidades de una clase media en expansión. Hay que destacar la figura del francés Vicente Dailencq, colaborador del célebre Jean Laurent, que viajará por España haciendo

placas de la construcción de obras públicas que fomentó la monarquía isabelina a partir de la década de 1850. En la ciudad minera existía una considerable colonia francesa, establecida por razones profesionales, lo que explica que en el decenio de 1860 abra estudio otro francés discípulo de Laurent, Joseph Vasserot, el cual viajará por la geografía meridional tomando fotografías, centrándose llegado un momento en Úbeda, donde abrirá un gabinete.

A lo largo de la década de 1880 en Linares se establecerán varios fotógrafos: López Muñoz, Magán Montes, S. González, Mariano García Tovar, José Aracil, Juan S. Valdés o los hermanos Alcañiz.

Aprovechando la efervescencia socioeconómica de la ciudad minera –con presencia de fotógrafos de fuste–, llega en 1887 Antonio Linares Arcos, de cuna granadina (nació en Puente Genil, en 1867), eligiendo el número 6 de la calle Pontón para situar su estudio. Se convertirá en un reputado profesional, y a comienzos del s. XX, destacará como fotógrafo estereoscópico, una de las modalidades más en boga, muy practicada por los operadores amateurs y demandada por las revistas especializadas y el público en general. Se conservan más de 1.700 cristales estereoscópicos suyos, lo que indica el interés que puso en esta técnica. Pero lo más importante de su obra no es la cantidad, sino la calidad, puesto que tuvo la visión de practicar una fotografía moderna, a caballo entre el reporterismo gráfico y la denominada fotografía directa. Sus fotos pretenderán

captar la realidad sin edulcorantes visuales, decantándose por los signos de los nuevos tiempos, por los avances sociales y la industria como motor del crecimiento económico nacional y local (caso de Linares).

Antonio Linares Arcos viajará a Baeza, Granada y Madrid para testimoniar con su cámara diferentes acontecimientos, aunque la vida cotidiana será su principal interés, consiguiendo unas excelentes fotos, tanto por sus cualidades técnicas como por sus posibilidades documentales, lo que convierte su obra en una importante fuente histórica.

La Alhambra será uno de sus objetivos predilectos, algo que hay que entroncar con la tradición orientalista española (y europea) desde mediados del s. XIX, cuando el redescubrimiento del mundo oriental y la atracción de los viajeros extranjeros por el exotismo hispano (deudor, a sus ojos, del pasado andalusí), generó obras literarias, composiciones musicales, construcciones, pintura y fotografías que plasmaban una

huella orientalizante y recreaban un mundo sensual en el que los elementos islámicos eran fundamentales.

La modernidad arquitectónica y los nuevos retos urbanísticos serán asimismo otro de los motivos más sugerentes para este fotógrafo. La Gran Vía madrileña será un claro exponente de ello. Esta arteria urbana aparejó el derribo de numerosas viviendas decimonónicas (lo que generó una fuerte oposición social y una campaña de prensa contraria a su construcción) para levantar una calle moderna, con edificios de cierta inspiración neoyorquina y con la apertura de cines que le dieron una nota cosmopolita a esa zona de Madrid.

El excursionismo, desde principios del s. XX, se erigió en un saludable deporte, en una toma de contacto con la naturaleza que practican las clases medias y altas por medio de asociaciones culturales y gimnásticas, o sencillamente saliendo a los alrededores de las ciudades para respirar aire puro, comer



Jaén, vista desde la Alameda.

Fuente: Instituto de Estudios Giennenses. Legado de la familia Linares.

y fotografiarse. Los aficionados a la fotografía hallarán un filón en estas excursiones, y los profesionales como Antonio Linares no desaprovecharán la oportunidad de capturar con su cámara estos momentos de asueto.

Las placas autocromas (la primera fotografía en color) serán utilizadas por Antonio Linares en su obra excursionista para captar las tonalidades de la vegetación y del cielo. El hecho de que empleara esta novedosa técnica dice mucho de su interés por estar a la última en procedimientos fotográficos, ya que la primigenia fotografía en color no fue practicada por la mayoría de los profesionales, quedando reservada casi siempre para los aficionados debido a su elevado coste y a las dificultades técnicas. Los hermanos Lumière (los inventores oficiales del cinematógrafo) idearán el primer procedimiento para obtener imágenes en color: las placas autocromas, cuyo soporte material era el cristal. En tierras de Jaén destacará el aficionado Arturo Cerdá y Rico

como un notable fotógrafo autocromo, por lo que Antonio Linares es el único profesional de la provincia que, en fecha temprana, practique esta fotografía en color.

La cercanía mostrada por Alfonso XIII en sus visitas oficiales, su tendencia a romper el protocolo para saludar a quienes acudían a verlo y su declarada afición por acudir a festejos populares, fomentarán que su imagen sea miles de veces captada por los operadores profesionales. Linares Arcos no quedará al margen, de modo que fotografiará al rey a bordo de su velero, pero sobre todo, realizará un reportaje fotográfico de la visita del monarca a la ciudad linarense.

Quizá las más sobresalientes placas serán las relativas a las fábricas, como símbolo de la modernización. En ellas, el encuadre elegido, la composición, la luz y los contrastes consiguen altas cotas artísticas: altas chimeneas emergiendo de blancas construcciones, caminos de tierra por donde transitan carros y obreros fabriles.



Linares, vista general de la fundición.

Fuente: Instituto de Estudios Gienneses. Legado de la familia Linares.

La maquinaria oleícola también será interesante para él, tomando fotos de los adelantos tecnológicos introducidos en las almazaras en los que las máquinas se convierten en protagonistas visuales, sin presencia humana, muy en la línea de las fotos que los operadores estadounidenses seguidores de la corriente de la fotografía directa hacían.

El testigo profesional de la fotografía será recogido por su hijo, Rufino Linares Reina (Puente Genil, 1911), que en 1948 establecerá su estudio en Jaén, en la calle Hurtado número 21. Sus largos años de trabajo serán recompensados con una fiel clientela y la buena consideración social que obtendrá, pues sus fotos de estudio serán muy solicitadas por jiennenses no sólo de la capital, sino por comprovincianos que se desplazarán desde sus pueblos para ser retratados por Rufino, que se especializará en dicha modalidad. Se conservan de él casi 4.000 placas de cristal y negativos, lo que indica la feracidad de su labor.

Los estudios fotográficos capitalinos como el de Rufino Linares dispondrán ya, en las décadas de 1940 y 1950, del atrezo y escenografía que posibiliten hablar de una nueva edad dorada del retrato de estudio. El estudio será un espacio de representación de lo cotidiano, el trampantojo de una realidad sublimada, pues se construirá como el decorado de una vivienda de la burguesía media alta, de modo que quienes se retrataban, o bien se sentían allí como en casa o experimentaban la sensación de habitar en una lujosa estancia de las que se veían en las revistas de moda o en las películas. Los clientes, solos o en familia, acudirán al estudio de Rufino Linares para inmortalizar sucesos clave en sus vidas: bautizo, comunión, servicio militar, boda, etc. Los códigos visuales narrativos heredados del s. XIX de la fotografía de gabinete se mantienen bási-

camente en los años 40, pero se introducen sutiles cambios iconográficos que suponen una mayor naturalidad en el retratado y una tendencia imparable hacia el rostro como centro focal de la imagen. Rufino Linares, consciente de la importancia profesional del negocio que dirige, fotografía su propio estudio –sin clientes–, como un artesano que también se considera un artista y que capta con orgullo su espacio laboral. La decoración del estudio logrará crear una sensación de sala de estar burguesa dotada de consolas y espejos dorados, chimenea, cuadros colgados, sillas de ebanistería, sillones, cortinas, jarrones con flores y alfombras.

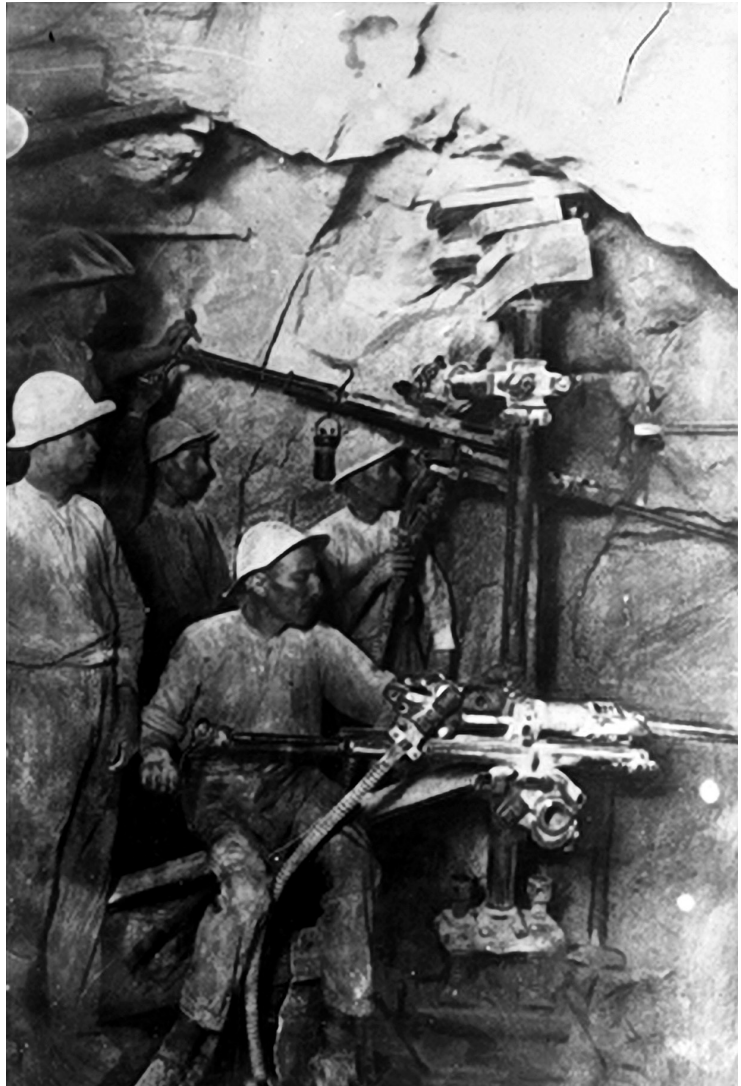
Practicará el pictorialismo, un exitoso movimiento artístico fotográfico vigente desde el último tercio del s. XIX hasta la década de 1930, y que vivirá un nuevo periodo de esplendor en España de la mano de Ortiz Echagüe hasta entrados los años 40. La corriente pictorialista será una reacción de los operadores profesionales contra la –a su juicio– excesiva industrialización de la fotografía: códigos visuales estandarizados, iconografía encorsetada, abundancia de retratos de estudio muy similares entre sí y unos medios técnicos al alcance de cualquiera que rebajaban la calidad artística de la fotografía. La respuesta de los pictorialistas a la degradación de la fotografía consistirá en dejarse influir por la pintura impresionista y postimpresionista –y otros movimientos como los prerrafaelitas y los simbolistas– buscando veladuras y nebulosas en las fotos, marcados contrastes lumínicos y una estudiada artificiosidad ambiental: preparación del modelo, cuidado diseño escenográfico y, sobre todo, la elección de escenas mitológicas, classicistas, románticas y ensoñadoras. Los fotógrafos retocarán las fotos para que el resultado huya adrede de la realidad, del naturalismo, y explore otras realidades y el mundo onírico. El nacimiento del cine será otra fuente primordial para

el pictorialismo, pues los fotógrafos sentirán predilección por los primeros planos, una exagerada gestualidad —cuando no un acusado histrionismo— y las composiciones tenebristas.

Linares Reina estará influido por la obra de destacados pictorialistas como Albert Rifá, Joan Vilatoba y Káulak, algo que se explicita, por ejemplo, en fotos de un vagabundo, en retratos masculinos y en las de monjes sentados orando en su jardín monacal. El pictorialismo también lo empleará al tomar algunas instantáneas de mineros linarenses, donde las imágenes en blanco y negro tendrán una textura y una luminosidad que conseguirán crear una artística sensación de difuminado.

Los monumentos más representativos de la capital a través de estudiados encuadres serán una de las temáticas de Linares Reina, cuya retina estará influida por la fotografía cinematográfica y por la del periodismo gráfico, algo que también quedará patente en otras fotos de interior de minas.

Rufino Linares Gálvez velará las armas del oficio fotográfico en el estudio paterno, donde aprenderá las técnicas imprescindibles del arte de la fotografía. Abrirá su estudio en 1978 en el número 1 de la calle Reyes Católicos, y simultaneará su labor como



Picadores en el interior de la mina.

Fuente: Instituto de Estudios Gienneses. Legado de la familia Linares.

retratista de estudio con encargos realizados por la Diputación Provincial de Jaén para ilustrar numerosas publicaciones. El fondo documental de Linares Gálvez alcanza millares de negativos, positivos en papel y diapositivas, siendo la fotografía en color la más utilizada. Las fotos de los Baños Árabes constituirán un paradigma de su obra por su perfección técnica. Asimismo, le interesará recalcar las permanencias de las formas de vida antañonas en la actualidad, por lo

que situará su cámara en el enjalbegado dédalo del casco histórico de la capital para plasmar, en las empinadas y estrechas calles empedradas, labriegos con sus borricos regresando de las huertas u olivares. Aunque también aprehenderá momentos en los que nadie camina por las calles bajo la canícula, de modo que la cal de las paredes contrasta con la sombra proyectada sobre el suelo y las fachadas de nuestros pueblos. La ingente labor profesional de Linares Gálvez estará marcada por su afán artístico (que nunca pierde de vista en sus mejores fotos) y por el débito del documentalismo gráfico, tan presente en los fotógrafos a partir de la azacaneada década de 1960. Este espíritu

documentalista fotográfico se palpará en las vistas de la naturaleza de las cercanías de Jaén (el Puente de la Sierra, por ejemplo) o de distintos enclaves paisajísticos provinciales en los que el agua será un factor clave.

Así, esta irrepetible saga de fotógrafos jiennenses conforma un legado visual de trascendental importancia para el estudio de nuestra historia desde finales del s. XIX hasta los albores del s. XXI. Cada uno de los tres desarrollará su magisterio fotográfico según sus intereses personales y en función de las circunstancias socioeconómicas que le tocó vivir, lo que explica que sus placas sea tan diferentes pero con un hilo conductor: el de la búsqueda de la obra bien hecha.

Nota: *Este artículo se publicó en el catálogo editado por el IEG con motivo de la exposición fotográfica que sobre la familia Linares Reina tuvo lugar el pasado 2015 en el Hospital de San Juan de Dios (Jaén).*